

Prólogo

MIGUEL MORETA. 'CONTAR LAS CUARENTA'

Gonzalo Celorio

Director de la Academia Mexicana de la Lengua

Cuarenta son, sí: cuatro decenas (más un *post scriptum*). Las he contado en su conjunto y también repartidas de diez en diez en los cuatro apartados en que el índice las acomoda: *Viajes, Leyenda, Cuento, Porfía*. Las he leído una por una. Una por una las he subrayado y algunas las he releído y anotado al margen. Sí, son cuarenta, lo que en varias lenguas equivale a decir *muchas, innumerables*. Pero qué son. ¿Cuál es el sustantivo elidido, de género femenino y número plural, que concuerda con el artículo *las* del título *Contar las cuarenta*? ¿Viñetas? ¿Estampas? ¿Imágenes? ¿Remembranzas? ¿Invenciones? ¿Crónicas? ¿Reseñas? ¿Críticas? ¿Entregas? No lo sé, pero la elisión, si no es obvia (como no lo es, al menos para mí), es deliberadamente polisémica. Abarca todas esas posibilidades y aún más, que de seguro se me escapan, porque todas, sin excepción, algo tienen de imagen poética —que, por cierto, no se queda fija en un renglón, sino que transcurre sin prisas por el texto—; de recuerdo dormido que de pronto despierta sin sobresaltos; de libre asociación de ideas ajena a cualquier propósito epatante; de periodicidad de ola.

Lo cierto es que se trata de una colección de prosas, caracterizadas por su impecable factura, por su elegancia estilística, por su redondez. Por su economía, que lejos de ir en detrimento de su riqueza, la aquilata. Por la amplitud de su mundo referencial, tanto el vivido y recorrido como el leído y ensoñado. Por su competencia para hacer próximo lo lejano, límpido lo desconocido, permanente la sorpresa, habitable el misterio.

Si estas características son comunes a todo el libro —que es un libro y no un mero amontonamiento antológico de textos misceláneos—, cada apartado tiene, a su vez, ciertas peculiaridades.

Viaje, así, en singular, privilegia al viajero sobre el lugar al que se desplaza. Es una decena de textos que recrean los lugares visitados o vividos, como si fueran ellos los que transitaran por el alma del viajero y no al revés. Marruecos, Turquía, Roma, Granada se pasean por la vida y la sensibilidad del viajero sedentario con todo su equipaje de edificios y paisajes, de personas y personajes, de historias y atavismos, de aromas y apetencias. Si a géneros nos vamos, estas prosas de la primera parte se imbrican con la crónica y con la poesía lírica conjuntamente: una primera persona que al describir lo de fuera expresa lo de dentro.

Leyenda no tiene de referente lugares terrenales, como *Viaje*, sino mundos de papel, que llegan a ser más reales y tangibles que los de la geografía. Los libros leídos y amados y también su periferia: los autores, que dejaron de ser sus dueños para que el lector los hiciera suyos; los espacios de lectura, la recepción literaria, las diversas maneras de practicar la bibliofagia. Si a géneros nos vamos, estos textos podrían caber perfectamente en el del ensayo, entendido a la manera primigenia de Michel de Montaigne, quien fue, al mismo tiempo, objeto y sujeto de sus disquisiciones. O a

la manera de Alfonso Reyes, quien definió el ensayo como *el centauro de los géneros* por su doble identidad de sabiduría y pasión, de reflexión sesuda y búsqueda briosa, de rigor y libertad.

El capítulo de *Cuento* está compuesto, sin más, por cuentos, si a géneros nos vamos. Diez cuentos redondos, sorprendentes y diversos. Unos proceden del anecdotario vivido; otros, del leído; todos de la poco común comunión de la sensibilidad y la erudición, de esa manera de relacionar, sin trucos de prestidigitador, unas cosas con otras. ¿Qué, si no, es la cultura?

Y finalmente *Porfía*, un grupo de artículos animados, como su nombre lo sugiere, por su discusión empecinada sobre temas diversos a propósito de los cuales Miguel Moreta despliega su agudeza crítica y su sentido del humor, irreverente e iconoclasta. Si a géneros nos vamos, estas prosas podrían clasificarse como parodias en dos sentidos contrapuestos: la crítica y el homenaje. Todos aluden a un discurso previo, al que se superpone el que el autor articula, ya sea para escarnecer la fatuidad y la estupidez humanas o denunciar la violencia; ya sea para valorar la cultura árabe o los pequeños exilios de los españoles trasterrados en México. Como todos los que integran el libro, estos textos vienen de regreso de las cosas. Moreta se involucra hasta el tuétano con ellas, sí, pero al mismo tiempo es capaz de verlas a la distancia. Su fina prosa y su generosa cultura las iluminan, las desmascaran o las exaltan.

Si a géneros nos vamos, *Contar las cuarenta* es uno de los libros que podrían clasificarse como *felices*: por afortunado, por lúcido, por gozoso.